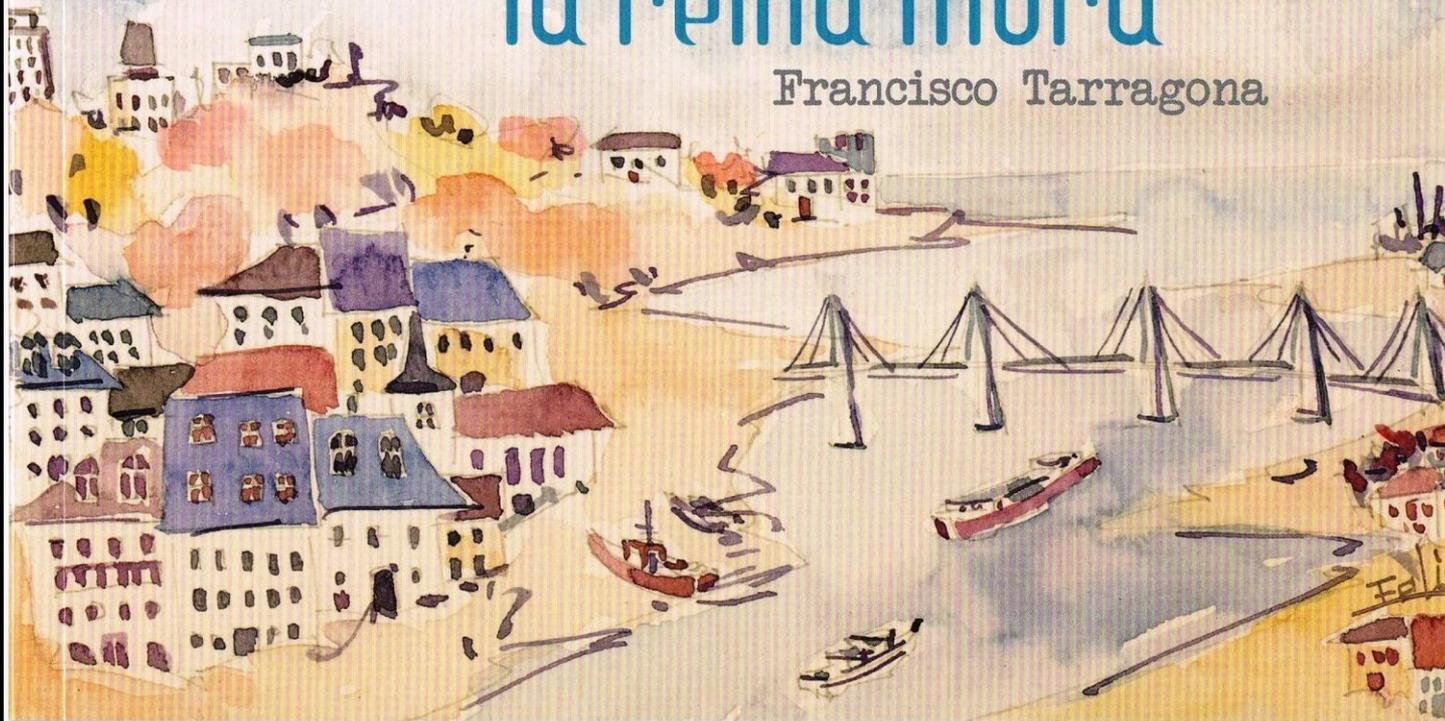




la reina mora

Francisco Tarragona





la reina mora

Francisco Tarragona

Octubre 2012

Asociación Buxus

●
Ayuntamiento de Motril

Créditos

Créditos

Edita: Concejalía de Territorio y Sostenibilidad del Ayuntamiento de Motril

©**Texto:** Francisco Tarragona Gómez

©**Dibujos:** Felix Serrano Cascajares (Pags. 5, 6 y Portada), Alberto Fernández Honrubia (Pags. 9 y 17), Santiago Valverde Ramos (Pags. 11 y 13), María Jódar García (Pags. 14 y 21) y María Sánchez Rivas (Pags. 18 y 23)

Diseño y maquetación: Eduardo Cruz Casanova-www.visionnatural.es

Impresión: Imprenta Comercial

Dep. Legal: GR 2801-2012

No está permitida la reproducción total ni parcial de los textos o ilustraciones de la presente obra sin el permiso escrito de sus autores.

A PACO TARRAGONA

UN HOMBRE QUE DEDICÓ SU VIDA A CONVERTIR ILUSIONES EN REALIDADES

Luci era una hembra joven de pechiazul, con dos años, que nació en Estocolmo y desde entonces siempre pasaba el invierno en Motril. Le gustaba esa zona porque era el único lugar en el mundo en que la llamaban la Reina Mora. Aquel año, a principios de septiembre, había iniciado el viaje con sus compañeras desde Suecia, conducidas por el veterano guía Olaf. La primera parada la realizaron en Holanda, instalándose después junto al río Weser, en Bremen (Alemania). Allí permanecieron un par de días para descansar, alimentarse y reponer fuerzas. Cada jornada recorrían casi 150 km. Así avanzaban hacia el sur de Europa. Utilizaban durante gran parte del trayecto la cuenca del Rhin y se instalaban cerca de ciudades alemanas y francesas muy conocidas como Frankfurt, Estrasburgo y Mulhouse.

Como de costumbre, la nueva etapa comenzó al amanecer. Recorrieron el valle fluvial del gran río europeo. Luci volaba junto a Gunnar, su pareja desde el año pasado. Por esas fechas, el clima era apacible y con viento favorable, por lo que este tramo del viaje no fue muy fatigoso. Mientras volaban, describían y nombraban los parajes atravesados. Para comunicarse utilizaban diminutivos, ella lo llamaba "Gun" y él le decía "Lu".





-Mira Gun, allí está el río Ródano.

-Sí, cuando lleguemos a la colina debemos torcer a la derecha para alcanzar el lago de La Camargue antes de que se haga de noche.

Ese día arribaron de los primeros y pudieron elegir un arbusto de sauce, cercano a las orillas del embalse. Una vez instalados, Luci se dirigió a Gunnar:

-Me gustaría decirte algo muy importante que tengo decidido llevar a cabo durante este año.

-Ahora no es el momento, Lu. Vamos descansar, pues estoy agotado.

Con las últimas palabras se dirigió a una rama, se acurrucó, cerró los ojos y quedó profundamente dormido. Mientras tanto, Luci se quedó absorta en sus pensamientos, sin poder comunicar a su pareja las intenciones y planes para este viaje.

Esa mañana, nada más despertarse, Luci intentó de nuevo exponerle sus inquietudes:

-Oye Gun, este año, cuando acabe el invierno, pienso...

Gunnar no la dejó terminar:

-Tengo un hambre atroz, ¿por qué no me lo cuentas más tarde?

Luci se enfadó y poniendo las alas en jarras le dijo:

-¡No, ahora me vas a escuchar, el estómago puede esperar! Llevo mucho tiempo pensando contarte mis planes y de hoy no pasa.

-Está bien, desembucha -comentó Gunnar resignado.

-Pues... -Luci hizo una pausa, tragó saliva y soltó de golpe la idea que rondaba desde hacía tiempo por su cabeza:

-Este año, cuando pase el invierno, no pienso regresar con el grupo.

Gunnar, extrañado, le preguntó:

-¿Y eso, por qué? ¿Qué mosca te ha picado para que se te ocurran barbaridades como ésta?

-Tengo la intención de quedarme, permanecer en la Charca de Suárez y esperar a que lleguen las aves estivales. Desde que mis padres y mis abuelos me contaron que, a su vez, alguien les habló de un ave que es pariente lejano y posee el canto más bonito y melodioso de cuantos jamás se hayan escuchado, me muero de ganas por conocer un ruiseñor. No he parado de darle vueltas desde entonces, y he tomado una decisión. ¡Este año lo conoceré! Deseo conocerlo, necesito verlo, escucharlo y comprobar si es cierta la leyenda sobre su voz y los maravillosos cantos que salen de su garganta.



-¡Estás loca, eso es imposible! Sabes que cuando empieza el buen tiempo debemos volver a nuestro hogar, preparar el nido para tener nuestras crías. ¡Es nuestro destino! -sentenció Gunnar.

-Pues estoy dispuesta a hacerlo y deseo con toda mi alma que te quedes, que me acompañes, ya que no será nada fácil, y contigo a mi lado, estoy segura de que lo conseguiré.

-¡Eres muy testaruda y no tengo ganas de seguir discutiendo! Mejor dejar esta conversación para otro momento. Ahora vamos a desayunar y nos cargaremos de reservas, pues mañana o pasado reemprenderemos el vuelo hacia el sur.

Luci asintió resignada y, con cara de disgusto, se dispuso a seguir a Gunnar, ya que éste tenía una habilidad especial para localizar insectos y larvas, sus presas favoritas. Durante todo el día se dedicaron a cazar y alimentarse. Él lo hacía con voracidad; ella, con sigilo y seleccionando las piezas. Permanecieron juntos pero sin hablarse. Al llegar la oscuridad regresaron a su refugio ocasional, se dieron las buenas noches, rozaron los picos y se durmieron.



Poco después de salir el sol, Olaf avisó de que era hora de emprender el vuelo y pronto se formó el gran bando, al que se unieron Gunnar y Luci. Volaron juntos, sin pronunciar palabra y sin mirarse. Atravesaron los Pirineos y llegaron al delta del Ebro, donde recalaron en un paraje conocido como la Isla de Buda, un lugar paradisíaco, cubierto por una exuberante vegetación y abundante fauna. Buscaron un refugio seguro, bebieron agua y descansaron durante varias horas.

Poco antes del atardecer, Gunnar se dirigió a Luci:

-Voy a buscar algo de alimento, ¿vienes?

Luci asintió con la cabeza y se lanzó al aire para acompañarlo, mientras exclamaba:

-Claro, yo también tengo hambre.

El enfado entre ambos había pasado y se divertieron haciendo piruetas y capturando numerosas piezas con la habilidad que les caracterizaba. A la media hora ya estaban ahitos y decidieron regresar al improvisado refugio en el corazón de la Isla de Buda.

La siguiente etapa les condujo hasta la albufera de Valencia, donde repitieron las mismas acciones: buscar cobijo y alimentarse durante varias jornadas.





Retomaron la marcha, bordeando la costa hacia su lugar de destino, la Charca de Suárez en Motril. Cuando la divisaron desde lejos, sus caras se transformaron y la alegría era patente en sus rostros. El largo viaje había finalizado, afortunadamente sin incidentes. Como el año anterior, se instalaron en un agriaz situado junto a al balate de la Culebra, que linda con un haz de cañas, próxima a las aguas abiertas de la Charca de Suárez. En esta ocasión eligieron un lugar pegado al tronco, a media altura, donde las hojas y ramas componían una masa densa, tupida y bien oculta. A continuación se bañaron en la orilla del balate y, tras capturar algunos zapateros, se acurrucaron juntos para darse calor mutuo, y dormir plácidamente.

Los días próximos los dedicarían a recorrer la zona y recordar los lugares visitados el año pasado.

-¡Cómo está cambiando la vega del Guadalfeo!

-Sí, cada vez hay más edificios, más urbanizaciones y menos espacios verdes.

Comprobaron con tristeza que los cultivos de caña de azúcar, uno de sus hábitats preferidos, eran cada vez más escasos y la mayoría se encontraban abandonados; pero suspiraron aliviados al ver que la charca de Suárez se mantenía en buenas condiciones e incluso iba mejorando.

De no ser así, tendrían que buscar otro lugar y ya no sería lo mismo porque en la vega del Guadalfeo los lugareños disfrutaban con la presencia de los pechiazules, y a Luci le gustaba oír sus comentarios:

-Mira, ahí va la Reina Mora. ¡Qué guapa es!

-Es verdad. Es el pájaro más bonito que nos visita durante el invierno.

Según una leyenda de la Edad Media, en las mismas fechas en que los pechiazules llegaban a la costa granadina, hacía su aparición la bella Aixa, esposa de Muley Hacén y madre de Boabdil El Chico, considerada la mujer más guapa del Reino de Granada, para tomar baños de sol durante el invierno. Y la belleza de los pechiazules en el mundo de las aves era comparada con la de la Reina Mora.

Luci, al oír los piropos, sentía cosquillas en el cuerpo. La piel y las plumas se le erizaban de satisfacción, y se comportaba muy presumida y coqueta. Posaba erguida para que se pudiera observar con claridad el medallón que dibujan sus plumas de colores rojos, blancos y azules y abría la cola en abanico para mostrar los bellos tonos rojizos. Le gustaba mucho sentirse admirada y apreciada por todo el mundo, incluso las otras aves y pajarillos locales la miraban con sana envidia y admiración.





Transcurrieron los días, semanas y meses de forma agradable y placentera. Disfrutaban de las bondades del clima y de la abundancia de alimento. Sólo hubo algunos momentos difíciles, especialmente cuando se producían los temporales de poniente. Los vientos alcanzaban velocidades muy altas, por lo que no podían salir a volar ni a cazar, e incluso las ramas de sus posaderos se balanceaban con tanta fuerza que les hacían perder el equilibrio. En esos momentos se posaban en el suelo, en medio de las cañas de azúcar que les ofrecían una pantalla natural contra la fuerza desenfrenada de Eolo.

A finales de febrero, cuando se aproximaba la hora de la marcha, de regresar a su lugar de cría en Escandinavia, las reinas moras se dedicaban a comer en abundancia para acumular grasa entre la piel y el pecho. Sin embargo, Luci no realizaba esta faena; seguía con el mismo ritmo y las mismas actividades que en todo el invierno. En su pequeño cerebro, la idea inicial de conocer un ruiseñor era cada vez más recurrente, se había convertido en una obsesión y estaba dispuesta a llevarla a cabo. Cuando se lo recordó a Gunnar, éste reaccionó enfurecido:

-¡Pero todavía sigues con esa manía! ¿No sabes que puedes morir? Es una locura impropia de un ave tan inteligente como tú.

-No te enfades, por favor. Deseo que me acompañes en esta aventura. Sé que es peligroso y por eso te necesito a mi lado.

-Ni lo sueñes. Yo quiero seguir vivo, con los míos, con los de nuestra especie. Nuestro deber es regresar, tener hijos, criarlos y educarlos, pero allá en el norte de Europa.

-¿Entonces, no te quedarás? ¿Ni pidiéndolo postrada a tus pies? -le suplicaba Luci.

-Lo siento, pero no puede ser. Nuestro destino es volver a Suecia, junto al fiordo, donde estaremos seguros y a salvo de toda contingencia.

Las lágrimas asomaron en los ojos de Luci, porque Gunnar no comprendía la pasión y necesidad que había crecido en su interior, y era consciente de que él no iba a cambiar de opinión. Se rompió la comunicación entre ambos, apenas se hablaban ni se miraban, dejaron de salir a cazar juntos y sólo se daban las buenas noches en el posadero, antes de dormir.

Luci intentó convencer a sus amigos y amigas más íntimos para que la acompañaran en su aventura, que valía la pena intentarlo, que sería una experiencia única y que se sentía con fuerzas y capaz de llevar a cabo tan arriesgada empresa. Sin embargo, todos sin excepción rechazaron su propuesta.



Por fin llegó el día de la marcha. Olaf reunió el bando en los olmos del interior de la charca de Suárez. Luci también se encontraba allí, pero algo apartada, posada en un carrizo y observando las instrucciones del guía. Momentos antes de partir se despidió de sus más allegados con un fuerte abrazo y les rodeó con sus alas; por último se dirigió a Gunnar para darle un beso apasionado con su fino pico, mas éste la rechazó hurtando la cara. Luci, presa de una gran congoja, rompió a llorar desconsoladamente; mas pronto se rehízo y se situó de nuevo en el carrizo desde el que los observaba partir, mientras les hacía señas de despedida moviendo lentamente su ala derecha.

Una vez los vio desaparecer, se dijo:

-Bueno Luci, ahora tienes que ser muy valiente y decidida, porque ha llegado la hora de la verdad. No sé qué será de ti, mejor dicho, de mí; tal vez no sobreviva a esta aventura, pero si es cierto que el canto del ruiseñor es el más maravilloso y completo que jamás pueda escucharse; si -como dicen- todas las estrofas que emite son diferentes y sólo se repite el inicio, que consiste en tres o cuatro silbidos cortos que continúan con trinos y gorjeos múltiples y variados; si puedó, en definitiva, un instante antes de desaparecer, sentir la fascinación y emoción más sublimes al escuchar el canto de belleza más hermosa y pura que imaginar pueda un ave, la vida, mi vida, habrá merecido la pena.



Ayuntamiento de
Motril  GESTIÓN DEL TERRITORIO
Y SOSTENIBILIDAD



Asociación Buxus

